

**Peter MCPHEE: *Liberty or Death. The French Revolution*, Cornwall, Yale University Press, 2016, 468pp., ISBN: 9780300189933.**

Josep Escrig Rosa  
*Universitat de València*

### Los orígenes de una cultura política revolucionaria

Pocas dudas caben del gran impacto y las tremendas repercusiones que provocó la Revolución Francesa, a una escala que superó con mucho el ámbito europeo. Superponiéndose no pocas veces a la experiencia independentista de las colonias inglesas, los procesos de transformación acaecidos en algunos territorios de la Europa continental, así como al otro lado del Atlántico, han sido vistos desde el prisma del 1789 francés. Más allá del modelo, evidentemente ya superado en tanto que paradigma historiográfico, no puede negarse, en efecto, que la crisis del Antiguo Régimen y la Revolución que le acompañó en Francia influyeron en el devenir político de no pocas monarquías y repúblicas de la época. A pesar de que las experiencias inmediatas que ayudó a propiciar acabaron



muchas veces constituyendo un referente tanto o más fuerte que el de 1789, aún sigue siendo este un punto de partida inexcusable, tanto por su radicalidad como por la fuerza de las ideas que conformaron la Revolución.

Pasados más de doscientos veinticinco años desde su estallido, es un tema que se resiste a desaparecer del debate político, histórico e historiográfico. Muestra de ello es la nueva publicación de uno de los mejores conocedores de esa época, el profesor Peter McPhee. Con *Liberty or Death. The French Revolution*, McPhee ha hecho un notable esfuerzo por sintetizar sus principales aportaciones sobre el periodo que engloba el último tercio del setecientos francés. Se trata de una obra de clara vocación pedagógica que busca ofrecer al lector un trabajo depurado capaz de condensar tanto la explicación de los acontecimientos en sus múltiples facetas internas e internacionales, como de presentar los debates, interpretaciones y respuestas que el 1789 propició. Desde que publicara en el contexto del Bicentenario de la Revolución un trabajo sobre el enclave costero de Colliure entre los inicios del proceso y 1815, el historiador ha contribuido a poner en cuestión algunas de las lecturas tradicionales sobre el periodo. Junto a sus investigaciones sobre el ámbito de las transformaciones paisajísticas y de la explotación de los recursos naturales, destacan especialmente sus contribuciones a la renovación de la historia social y política francesa. Por un lado, en trabajos como *Living the French Revolution 1789-1799* (Palgrave MacMillan, 2006) advirtió sobre la necesidad de recuperar la dimensión social del cambio, escapando de aquellos análisis socioló-

gicos reduccionistas que consideraron a la Revolución como un fenómeno esencialmente vinculado a los grupos urbanos. Por otro, en *Robespierre: A revolutionary life* (Yale University Press, 2012) planteó estudiar los años del Terror sin atribuir a los jacobinos una tendencia natural—y cuasi obsesiva— a la utilización de la violencia como único medio de transformación política. Interpretación que, en todo caso, no debe llevarnos a minusvalorar el papel que esta jugó en un ambiente de incertidumbre, inestabilidad y continua amenaza contrarrevolucionaria, como bien insiste Timothy Hackett.

*Liberty or Death* es deudor directo del ánimo renovador que guió una monografía anterior, *The French Revolution, 1789-1799* (Oxford University Press, 2002). Pero entre una y otra existen diferencias, tanto en la extensión y profundidad de los análisis como en el enfoque teórico. La Revolución Francesa ha sido examinada generalmente desde dos perspectivas: una, la “minimalista”, que incidía en la escasa entidad de las transformaciones revolucionarias, especialmente en el campo social; otra, la “maximalista”, que ponía el acento en los cambios de diversa naturaleza que llevaron a la ruptura con el Antiguo Régimen. En *The French Revolution*, McPhee adoptó una posición ponderada entre ambos enfoques, aunque concluía insistiendo en las pocas variaciones que trajo consigo la Revolución para la mayoría asalariada de los franceses. Sin embargo, tras años de reflexión, su nuevo trabajo se encuentra mucho más cercano a aquellos otros que inciden en la trascendencia del desafío revolucionario, a pesar de que se produjeran notables continuidades en la sociedad. Como tendremos ocasión de examinar, *Liberty or Death* insiste en que los diversos decretos aprobados entre 1789 y 1791 se encargaron de sentar las bases de una nueva sociedad, aunque las fuerzas contrarias al cambio bregaran por mantener un *status quo* irrecuperable.

Para examinar los acontecimientos que tuvieron lugar en el territorio galo desde la crisis del Antiguo Régimen hasta el final del Directorio en 1799, Peter McPhee ha organizado su trabajo en torno a diecisiete capítulos detallados que se desarrollan siguiendo el orden cronológico. En su radiografía del panorama anterior a los inicios de la Revolución incide en que la principal característica del país era su diversidad institucional, política, cultural, lingüística y territorial. Una sociedad marcada por las desigualdades estamentales que se mantuvo en relativa estabilidad hasta la coyuntura crítica de los años 1785-1788. Al desabastecimiento, las constantes denuncias contra el despotismo ministerial y la práctica bancarota del Estado se sumaron escándalos de corrupción que salpicaban a la propia Corona. Todo ello ocurría sobre un nuevo espacio de opinión pública mucho más crítico que se había venido gestando al calor de los cambios materiales y de cultura política que propició ese movimiento plural que fue la Ilustración. La convocatoria de los Estados Generales para mayo de 1789 por parte de Luís XVI no fue sino el catalizador de toda una serie de tensiones no resueltas, aunque el horizonte revolucionario no se vislumbrara todavía.

A partir de este momento empezaba aquello que McPhee ha llamado “la revolución popular”, en referencia al amplio proceso de politización que vivió la sociedad francesa. Por un lado, las *cahiers de doléances*, a pesar de algunas críticas comunes, pusieron de relieve las diferencias insalvables en el seno de la Cámara entre el Tercer Estado y los sectores más privilegiados de la nobleza y el clero. Por otro, el “gran miedo” del verano de 1789, después de la declaración de la Asamblea Nacional y de la toma de la Bastilla, propiciaron que la población se armara y que los consejos y las milicias populares hicieran frente al vacío de poder

que trajo aparejado el desmoronamiento de las viejas estructuras. El fin del Antiguo Régimen se hizo evidente en agosto con la abolición del régimen feudal y la publicación de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, a pesar de las ambigüedades de esta última. La vieja sociedad estamental daba paso a una nueva de carácter liberal. Los decretos siguientes de 1790-1791 sobre la abolición de los gremios, el impulso del individualismo agrario, la nacionalización de los bienes eclesiásticos y la separación entre la Iglesia y el Estado que propuso la Constitución Civil y del Clero, entre otros, eran muestra evidente del surgimiento de una nueva cultura política revolucionaria esencialmente popular, cuyo calado a lo largo del país no iba a ser tan fácil como se pensó desde París.

El difícil encaje entre la legitimidad monárquica o histórica y la popular o revolucionaria se puso de manifiesto con la simbólica huida de la familia real en verano de 1791. El retorno (forzoso) de Luís XVI y la promulgación de una Constitución que establecía el reparto de poder entre el rey y una asamblea legislativa no sirvieron para calmar la situación. Las fuerzas contrarrevolucionarias, tanto extranjeras como internas, empezaron a movilizarse para salvaguardar el Altar y el Trono de aquellas medidas que habían trastocado o amenazaban sus posiciones y privilegios tradicionales, especialmente tras la ejecución del monarca. Como remarca McPhee, la guerra se convertiría a partir de entonces en el hilo conductor de la historia francesa hasta al menos la Restauración de 1814. Jacques Godechot, Arno J. Mayer o Jean Tulard nos recordaron en sus trabajos la necesidad de estudiar ese periodo teniendo en cuenta la complejidad y retroalimentación de la dialéctica revolución-reacción. Ambos extremos, y la pugna que entre ellos se entabló con la guerra como telón de fondo, fueron la base sobre la que se perfilaría la construcción del moderno Estado-nación francés. Como se puso de relieve en la insurrección de *la Vendée*, uno y otro formaron parte del novedoso escenario de la política en el que ésta trascendió los escaños parlamentarios para alcanzar nuevos espacios de lo público y controlar la opinión. Lejos de considerarse un elemento accesorio o intrascendente, en *Liberty or Death* la contrarrevolución es tratada como algo esencial: no sólo estuvo cerca en 1793 de desbaratar los avances conseguidos, sino que difícilmente puede explicarse la radicalidad de la república jacobina sin tener presente cuales habían sido sus campos y líneas de actuación.

Desde sus respectivas orillas, tanto los revolucionarios como sus opuestos entendieron la guerra como un elemento de depuración. Para los primeros, la formación de ejércitos republicanos conllevaba la interiorización de un nuevo espíritu patriótico y cívico. Se trataba para McPhee de una cultura militar novedosa que entendía la victoria sobre los contrarrevolucionarios como algo necesario para sentar las bases de una verdadera regeneración nacional: «es la guerra de la libertad contra el despotismo», escribiría un voluntario a su familia. Para los segundos, la sangre del enemigo vertida sobre el suelo francés era el elemento propiciatorio para purificar los excesos cometidos por la Revolución. Según Joseph de Maistre, a través del castigo se podía contemplar la mano ejecutora de Dios. Al mismo tiempo, el contexto de incertidumbre que acompañó el hundimiento del Antiguo Régimen podía ser aprovechado para promover la restauración de una utópica edad dorada. El futuro quedaba en manos de los múltiples actores.

La caída de Robespierre en julio de 1794 supuso también el fin de las diversas transformaciones que se habían impulsado en los años del Terror. Aunque por oposición, la reacción política, social y cultural termidoriana hubo de tener muy presente cuál había sido el

marco de la Constitución jacobina. Contrariamente a la interpretación que propuso en *The French Revolution*, McPhee plantea sugerentemente en su nueva publicación que el carácter restrictivo de los años del Directorio no significó una clausura de la Revolución. Este periodo, en palabras del historiador, no sólo no estuvo «condenado a fracasar», sino que fue «una parte integral» de la década de cambios que transformó el viejo orden en Francia, marcando también las trayectorias de muchos países a uno y otro lado del Atlántico e, incluso, el Mediterráneo. El conjunto de desafíos externos dio lugar a una profunda inestabilidad que fue aprovechada por Napoleón Bonaparte, un joven oficial del ejército cuya trayectoria política tras el golpe de Estado del 18 de brumario le llevaría a proclamarse emperador de los franceses en verano de 1802. Ahora sí, la Revolución, según McPhee, había terminado.

A modo de conclusión, *Liberty or Death* remarca la necesidad de estudiar la Revolución, partera de una nueva sociedad que empezaba a concebirse de forma autónoma, como un «rico semillero» de ideologías que difícilmente puede entenderse sin el horizonte cultural de las ilustraciones, la economía política o la naciente ciencia de la administración. Se trató de un fenómeno plural, de significación social no unívoca, sino polisémica, que fue vivido y sentido de muy distintas maneras, precisamente porque el principal agente transformador fue una sociedad civil también diversa. Esa cultura política revolucionaria se mostró capaz de expresar el descontento contra el viejo orden y de articular nuevos proyectos políticos sobre un país que contaba a finales del setecientos con un escaso grado de homogeneidad. El impulso nacionalizador hubo de ser negociado con las distintas entidades regionales en un proceso lento y discontinuo que no terminaría, como señaló Eugen Weber, hasta, al menos, la Primera Guerra Mundial. Pero más allá de las persistencias, lo que resultó evidente tras la vuelta de la monarquía en 1814 es que un retorno al Antiguo Régimen resultaba imposible. El nuevo régimen, remarca acertadamente Peter McPhee, no pudo hacer *tabula rasa* ni revertir la experiencia revolucionaria. La práctica política de los siguientes años pondría de manifiesto las dificultades de gobernar sin tener presente el conjunto de profundos cambios que habían transformado Francia en las tres décadas anteriores.